

LIBROS

Cien años de prensa, cien años de historia

¿Hasta qué punto el periódico, desde que existe, es un espejo a lo largo del camino de la Historia? Y cuando lo es, ¿hasta qué punto no lo es de manera deformante? Y aún más: ¿Se corresponde siempre la selección de las noticias de las primeras páginas de los periódicos con la actualidad de mayor interés histórico?

La respuesta a tales cuestiones constituye la lección clave de la historia del periodismo, y esta es la propuesta de «España, primera plana». (1): la lectura inteligente de la prensa, es decir, de las omisiones y los silencios, de las exageraciones y las minimizaciones en la información. Eduardo Haro Tecglen califica esta obra suya como libro «impresionista» para rechazar, sin duda, cualquier pretensión ensayística, por un lado, y para aludir, por otro, al singular montaje de esta edición. Se trata, en efecto, de un libro en que el montaje es importante. El texto se adapta funcionalmente al propósito del libro: es un guión histórico y crítico de los acontecimientos principales en la España de los últimos cien años, tal como han sido recogidos en las primeras planas de los periódicos, casi siempre diarios, y, en alguna ocasión —«La Conquista del Estado», «FE»— semanarios. Los facsímiles de estas planas son parte, pues, de un gran interés en el montaje.

La obra es, en efecto, impresionista, ya que lo

(1) «España, primera plana», E. Haro Tecglen. Guadiana.

son siempre las primeras planas de los periódicos. La tinta fresca de los titulares tiene siempre el temblor de una primera mirada, y con los años sigue conservando esa frescura. El repaso de este libro instala al lector en ese momento privilegiado de la realidad recién descubierta.

Buen conocedor de la historia de la prensa, Eduardo Haro nos proporciona siempre los datos que permiten comprender la manipulación que ha podido sufrir la información. En los tiempos en que la libre concurrencia de las opiniones era un hecho, la verdad histórica podía deducirse a partir de una confrontación de los diversos órganos. Y estos mismos ponen en la pista al lector en cuanto advierten, en muchas ocasiones, de un modo explícito, la ideología a la que se adscriben. Era frecuente que debajo de la cabecera figurase como lema la tendencia del periódico. Así: «diario liberal y de información», «diario democrático», «diario progresista», «católico», «portavoz de la Confederación Nacional del Trabajo», «órgano del partido obrero». En los tiempos en que la concurrencia de opiniones en la prensa ha sido escasa y la Administración ha tutelado la información con excesivo celo, el lector debe echar mano en muchas ocasiones de otras fuentes de información extrañas a la prensa.

Pero no se agota con esto el interés de esta obra, que, por mi parte, calificaría también de minihemeroteca. Está la propia evolución del medio, tanto a nivel técnico como de lenguaje. Hay en esta bien cuidada selección de primeras planas toda una historia del periodismo, desde la etapa preindustrial hasta hoy. Desde la primera página, la de «La Epoca», a cinco columnas, con titulares mínimos y enunciativos, de una seriedad tipográfica anglosajona, sin un solo grabado, hasta la última, la de «Tele/cX-prés» de 31 de diciembre de 1972, un «colla-



Eduardo Haro Tecglen.

ge» montado con las fotos más significativas del año y unos titulares más emparentados ya con los «slogans», hay un siglo de sofisticación de la comunicación, de depuración de la información. En ese tiempo, no lo olvidemos, ha surgido el psicoanálisis, la información ha pasado por etapas en que se convirtió en propaganda, han irrumpido en los últimos tiempos los medios de comunicación de la imagen, las técnicas publicitarias han sido incorporadas por las profesiones de la información... Por otra parte, a lo largo de la obra se va advirtiendo el perfeccionamiento de las técnicas de impresión y la incorporación de la fotografía a la prensa.

La lectura del libro se prolonga en la de las páginas reproducidas. Desfilan artículos de Unamuno, Araquistain; dibujos de Bagaría, asesinatos de políticos (Canalejas, El Noi del Sure, Layret, teniente Castillo, Calvo Sotelo), manifiestos políticos, editoriales programáticos... En este punto no podemos dejar de lamentar que, en ocasiones, la impresión de esta edición, que, por sus características, debería

haber sido preciosista, ofrezca páginas poco nítidas, en algún pasaje borrosas. En el caso de este libro, el aspecto técnico no debería nunca haber podido desmerecer de una labor de montaje tan acertada como la que hemos descrito, y en la que han colaborado de forma importante Fernando Lara y Diego Galán, a quienes ha correspondido la ingrata investigación de hemeroteca.

«España, primera plana» tiene como destinatarios no sólo a los periodistas, sino a todos aquellos que, a través del conocimiento de la prensa de ayer, quieran aprender esta difícil asignatura de saber leer la de hoy. En este empeño, pocos podían conducirnos con la maestría de Eduardo Haro, que ha convertido su oficio en una cátedra. ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

El escritor y la crítica: Pérez Galdós

Bajo la dirección de Ricardo Gullón, Taurus Ediciones está llevando a cabo un importante proyecto que, con el tí-

tulo genérico de «El escritor y la crítica», pretende ofrecer al lector un panorama de opiniones suficiente sobre una serie de autores de especial relieve. Cada tomo va dirigido por un especialista, y van aparecidos hasta la fecha tres: este Benito Pérez Galdós, obra de Douglas M. Rogers; un «Federico García Lorca», editado por Ildelfonso M. Gil y un «Antonio Machado», al alimón entre el propio Gullón y Allen W. Phillips. Nos ocuparemos ahora del primero.

La selección preparada por Douglas M. Rogers, galdosiano bien conocido, contiene, en principio, una aportación que no dudo en calificar de excepcional, y ello en varios sentidos. El primero, que ayuda a corroborar esa idea, de la que el propio Rogers se hace eco, del raro destino de la crítica galdosiana e incluso de la atención dedicada por el público en general al maestro Galdós. Como Rogers percibe esa atención es curiosamente constante y al mismo tiempo sospechosamente sincopada e irregular, en el sentido de que si bien nunca faltaron quienes escribieran sobre el sufrido don Benito, igualmente es cierto que la estimativa que preside esta atención varía mucho en cada momento y con cada circunstancia.

También nos previene el antólogo sobre el hecho de que la crítica, y, más en general, el gusto por lo galdosiano, ha derivado con frecuencia hacia nortes tan concretos como impropios, de modo que los motivos críticos, en detrimento de una atención verdaderamente técnica, se han centrado en aspectos más bien anecdóticos de la personalidad del escritor, tales como su posición religiosa, su curiosa singladura ideológico-política, su significación pública, etcétera. Hago gracia al lector de otras advertencias justísimas que en su presentación hace este hispanista de pro. Casi todas ellas son tan acertadas como generalmente aceptadas. Pero advertiría, en cambio, que

él mismo no puede hacer otra cosa sino agrupar los materiales elegidos, según un criterio que, inevitablemente, refleja, en alguna medida, estos vicios viejos, casi seculares ya. Así, la antología de Rogers recoge una serie de trabajos —no están todos los que serían, pero eso es de lo más natural—, que ha de reunir en secciones y bajo epígrafes tributarios de dichos hábitos críticos: «Vida. Testimonios» junta, como es obvio, opiniones de alcance ancho sobre la materia ancha que se anuncia, y algunas de tanto fuste y tan indudable alcurnia como salidas de las plumas de Clarín, Pereda, Menéndez Pelayo, Amado Nervo, Azorín y algún otro menos famoso; «Obra. Facetas varias», epígrafe algo forzado, evidentemente, recoge la parte, a mi juicio, más aprovechable en trabajos de Montesinos, Baquero Goyanes, Correa, Schraibman y Alfieri; «Galdós y otros novelistas», un panorama de esos inevitables parangones, tan del gusto hispano, en que se aproxima con mayor o menor dosis de razón una escritura nuestra con otra insigne y foránea, unas veces —como en el breve estudio de Carlos Ollero— con muy precoces vislumbres, otras más bien inflando el can de los parangones posibles y hasta de los imposibles; «Novelas» reúne algunos estudios ceñidos a obras concretas, con frecuencia debidos a observadores próximos y algunas veces contemporáneos, que tienen no sólo mucho interés, sino que resultan inapreciables por su condición de papeles difíciles de encontrar: en esta sección hay cuatro —dos de Unamuno, Valle, Pritchett y Sánchez Barbudo—, que son realmente espléndidos; «Episodios nacionales» agrupa otros cuatro estudios —dos de ellos muy enjundiosos del siempre experto Ricardo Gullón— sobre este tema, en mi opinión ya poco menos que irrevocablemente dilucidado hasta el meollo en la obra magistral de un olvidado —Rogers da,

desde luego, sus razones— en esta antología: Hans Hinterhäuser, y, por fin, «Teatro» resume tres aproximaciones —de Pérez de Ayala, Díez-Canedo (¡qué insigne olvidado crítico fue Díez-Canedo!) y Gonzalo Sobejano, sólido y eficaz como siempre.

La sensación de haber hecho para ustedes una extensa «solapa» de la antología de Rogers no impide que, de algún modo, me sienta justificado, porque este teórico análisis de contenido nos lleva a enfrentar un problema mucho más grave de valoración crítica. En efecto, a la vista de esta cuidada antología —Rogers explica sus posibles omisiones con razones de indudable peso—, la gran cuestión que se plantea, a mi modo de ver, es ésta: ¿por qué una crítica tan extensa y un interés tan continuo, por qué unos trabajos tan diversos y hasta tan alejados en sus maneras, tienen, no obstante, el denominador común de cierta unidad de tono, de cierto parecido, digamos, emocional, y de cierta reincidencia en el uso y abuso de un modo investigador que, por llamarlo de alguna manera —y sin ánimo de faltar, por supuesto—, pudiéramos llamar «tradicional»? Es posible que sea defecto imputable sólo a este modesto observador y culpa suya no ver en tan variados esfuerzos sino una misma partitura interpretada con distintos instrumentos. Pero sos-

pecho que, sin negar el valor intrínseco de esta manera de proceder críticamente, hay algo que salta a la vista, y es que la crítica galdosiana, como el grueso de nuestra crítica literaria general, viene siendo en España un ejercicio «preceptivo», una excursión «tradicional» y, en cierto sentido, un pinito «académico», un juego —por cierto que generoso— sin otras reglas que las de toda divagación, aunque haya que otorgar al término toda la dignidad que sea precisa. De este modo, hay en los textos recogidos por Rogers piezas estupendas y vislumbres magistrales, y esto es algo que no negará ningún censor, por tremendo que sea. Pero se echa de menos en plumas tan autorizadas como las de Montemayor, Shoemaker, Oller, Barbudo o Gullón, valgan como ejemplos casuales, un planteamiento sistemático, un proceder metodológico preciso, definido y coherente en lo posible.

Claro, que esta observación, seguramente arriesgada y quizá molesta si se la malinterpreta, tiene, después de todo, gruesas razones sociológicas: aquí no es fácil que se escriba «L'Idiot de la famille» ni el «Baudelaire», por citar dos obras de un autor tan caracterizado como discutible, entre otras cosas, por una elemental: porque no disponemos de una costumbre, de un hábito «razonante» preciso, lo que, dicho de otra

manera, valdría, porque aquí nos solemos tomar el ejercicio crítico como una gimnasia doméstica y matinal, que será, sin duda, benéfica y muy legítima, pero que tiene poco que hacer si comparamos sus resultados con los del olimpismo —con perdón— que se practica en la Galia impía, o en la pérfida Albión, o en las universidades acaudaladas —vaya usted a saber por quién— del otro lado del Océano. Y eso sin mentar otras disciplinas metodológicas y otras rigideces, tales como las de uso común en regiones más aferradas a la estrechura y a la exigencia, como las germanas, por ejemplo.

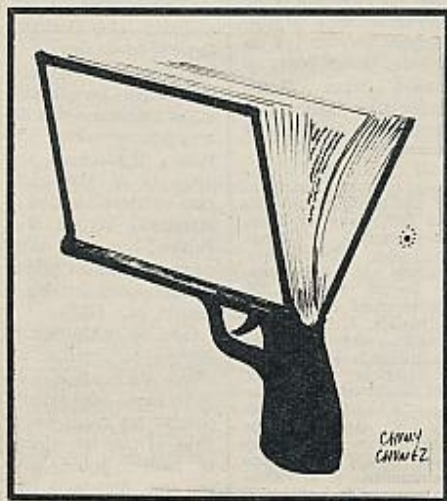
En resumen, que el lector bienintencionado de estos ramilletes críticos se encuentra en el dilema de apreciar la finura y la intuición estupendas de nuestros ensayistas, sin que ello sea óbice para que se plante el problema de por qué no acaba de romper una crítica literaria —excluyo, naturalmente, las áreas superespecializadas— que responda a un planteamiento seriamente previsto, coherente y responsable con algún —el que sea— planteamiento epistemológico. Que estas reflexiones quizá aquí se pasan un poco es cosa que acepto sin dolerme prendas. Pero me queda la confianza de que se entiendan como humilde sugerencia, como reclamación casi discipular, de alguien que —reo más de una vez de idénticos devaneos— vería con gusto cómo algún día nuestra crítica se plantea en serio y sin facilismos la necesidad de establecer algo así como un cuerpo conceptual o un codigullo crítico que proscriba y aún ordene nuestro secular talante de comentaristas «por libre». Aunque sólo sea porque, de continuar a este paso, se corre el riesgo de una dispersión que nos condena a perpetuar eso que con tanta fortuna, aunque a otros efectos, llamaba Paul Feyerabend «el papel progresivo de las hipótesis ad hoc». Pero que conste, claro, que esto no va dicho aquí «contra el método», sino


en su defensa. Más vale lo malo conocido... ■
JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

**Mary Barnes
y la
antipsiquiatría**

Mary Barnes es a la antipsiquiatría lo que Ana O. fue en el psicoanálisis: una paciente de cuyo tratamiento y curación se han extraído numerosas consecuencias. Si Ana O. permaneció en el incógnito, Mary Barnes, en cambio, gusta de explicarse a sí misma en libros, entrevistas y conferencias. No es una casualidad. El psicoanálisis, al desvelar unos misterios para el propio paciente, introduce otros, porque cuenta con la existencia de la sociedad represora, en la cual el individuo ha de defenderse manteniendo una coraza de secreto. Recientemente hemos visto en los Estados Unidos cómo un candidato a la vicepresidencia debía retirarse porque apareció su ficha psiquiátrica, y cómo se han asaltado y robado los expedientes de un psicoanalista para desprestigiar a enemigos políticos. La antipsiquiatría, por el contrario, considera que la verdadera liberación debe proceder de un desgaste de las medidas represoras de la sociedad. La enfermedad mental no es enfermedad —dice Joseph Berke—, sino «un ejemplo del sufrimiento emocional originado por un trastorno de un campo de relaciones sociales; en primer lugar, la familia. En otras palabras, una "enfermedad mental" refleja lo que está sucediendo en un grupo de personas trastornadas, y que, a su vez, trastornan, especialmente cuando se resumen en una sola persona». Por lo tanto, la presentación de uno mismo tal como es, sin ocultaciones, ante el grupo trastornante y ante la sociedad entera, forma parte esencial de la antipsiquiatría.

Mary Barnes fue enfermera, luego, jefe de





TEMAS DE ECONOMIA

EL MARXISMO, SU HISTORIA EN DOCUMENTOS

II. ECONOMIA
200 pesetas

Antología de textos económicos de autores marxistas en un intento de comprensión y actualización de «El capital».

DICCIONARIO DE ECONOMIA (4.ª edic.)
J. B. TERCEIRO
175 pesetas

Los términos y los conceptos económicos de la actualidad diaria al alcance de todos.

CUESTIONES DE ECONOMIA POLITICA
P. CANTO
125 pesetas

Visión crítica del mundo actual a través de planteamientos reales de economía política.

LA CRISIS DE LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES
J. K. GALBRAITH
75 pesetas

El autor denuncia las teorías económicas clásicas como anacrónicas para la interpretación de la economía actual.

LOS ESPAÑOLES Y LA REFORMA DE LA EMPRESA
V. PEREZ SADABA
50 pesetas

Supuestos políticos imprescindibles para llegar a una reforma de la economía española.

LOS MONOPOLIOS EN ESPAÑA (7.ª edic.)
R. TAMAMES
125 pesetas

Estudio de la influencia decisiva que los monopolios ejercen sobre la economía española.

LA INFLACION CAPITALISTA
J. C. DALLEMAGNE
180 pesetas

Estudio de la inflación como expresión de las contradicciones del modo de producción capitalista.

Solicite información sobre TEMAS DE ECONOMIA a:
Distribuciones ZYX, S. A.
Lérida, 80. Teléfono 279 71 99.
MADRID-20

